

AÑO I.

Noviembre, 1918.

Núm. V



# PEGASO

REDACCIÓN: Antón Martín Saavedra — Wilfredo Pi — Manuel Salasmanes

ADMINISTRACIÓN: José López Boschamps

Dirijan la correspondencia Párrafo 306, Madrid.

Suscripción (anual) \$ 0,50

## EL RENACIMIENTO EN FRANCIA (1)

Es imposible analizar, en los breves minutos de que dispongo, este enorme caudal literario que acabo de describir a Vds. en sus líneas generales, con el fin de ofrecerle una noción sintética, pero clara y precisa, de la época comprendida entre el siglo XV y la Revolución Francesa. Debo, sin embargo, para hacer aún más plástica esa noción, destacar algunos de los aspectos más característicos de la gran época literaria, y, no obstante el apremio del tiempo, voy a elegir, para comentarlos brevemente, tres

(1) Del curso de Literatura dictado para los asociados de la Liga Juvenil.

temas o asuntos que, en mi concepto, reflejan con elocuencia el espíritu y carácter del Renacimiento literario en Inglaterra, España y Francia.

El Renacimiento inglés puede ser encarnado sin duda alguna en Shakespeare, como el siglo de oro español puede ser representado sin disputa por Cervantes. En cuanto al genio francés de la gran época, podríamos descubrirlo en varios de los grandes nombres literarios de los siglos XVI y XVII; en Ronsard, por ejemplo, padre de la poesía clásica francesa, o en Corneille, Racine o Molière, sus grandes sucesores en el siglo inmediato. Pero yo voy a tomar un aspecto que, en mi sentir, expresa con gran eficacia el carácter francés, y constituye uno de sus rasgos peculiares: la conversación, el arte de la conversación, mejor dicho, puesto que arte, y arte delicado y complejo llegó a ser en labios franceses esa forma de oratoria familiar en que la espiritualidad, la gracia y el ingenio sustituyen a la alta elocuencia y en que la profundidad del concepto y la aguda observación se disfrazan con el aspecto de la despreocupación y el buen humor.

La conversación es un arte bien francés, por cierto. Ningún pueblo de la tierra ha sabido llevar a mayor altura esta forma de expresión de las ideas y de los sentimientos que Francia, país de artistas y conversadores. Fué a principios del siglo XVII, el gran siglo, que la conversación adquirió allí el imperio y la dignidad de arte. Había pasado ya aquel siglo XVI, siglo de desorden, de licencia, de intriga, de bufonería, mitad galante y mitad bárbaro, que tan bien ha pintado Brantôme en sus memorias sobre los tiempos de Francisco y Margarita de Navarra, y que tan mal se reconoce en esas damas de caras candidas y recatadas que pintó Clouet, con sus cotas, bias y austeras, a la manera de Diana de Poitiers. La sociedad francesa, harta de la vida licenciosa y galante de la corte, buscaba instintivamente el orden y la disciplina. Fué entonces que frente a la dispada corte del

Louvre se levantó el Hotel Rambouillet con su famoso salón azul, la influencia del cual debía de ser decisiva sobre la lengua y la literatura francesas. El salón azul, donde la Marquesa de Rambouillet agrupó a los mas agudos ingenios de la época fué desde entonces omnipotente. De él proceden todos los salones que en los siglos XVII y XVIII habian de ser el foco de la sociabilidad y la intelectualidad francesas, y de él procede, sobre todo, esa especie de reinado espiritual que la mujer ejerció en Francia durante esos siglos.

Voiture, el alegre Voiture, ha contado en forma encantadora su entrada en Rambouillet y ha descrito el salón azul, iluminado por un enorme candelabro de quince brazos, con sus pequeñas mesas de ébano y plata, sus sillas almohadilladas, los altos escabeles tapizados de terciopelo carmesí y el lecho de reposo, coronado con un pabellón de gasa, donde permanecía reclinada la Marquesa. Voiture entró a Rambouillet, la noche en que debutaba allí Lord Buckingham, aquel Don Juan que pasó por la corte, en 1615, como un fantasma resplandeciente. Lord Buckingham, cuya varonil belleza rivalizaba con las encantadoras cabezas femeninas adornadas con graciosos bucles y rizos a lo Mme. de Chatillon, tuvo el don de enamorar a todas las mujeres de la época, sin excluir a la Reina de Francia, Ana de Austria. Fué tan profunda la impresión que aquel precursor del dandysmo hizo en el corazón de Ana, que todavía, años después, al presentar Richelieu a la reina a su sucesor Mazarino le decía, con venenosa ironía: « V. M. lo querrá bien; tiene el aire de Buckingham ».

A Rambouillet van las Montmorency, Las Rohan, las Coligny, las Condé, las Gonzague, las Borbón, la flor de la aristocracia francesa y frente a ellas están los mas ilustres ingenios del siglo. En Rambouillet se conversa, se recita, se aplaude. La enferma Marquesa, como no puede ir al Louvre, se desquita en su salón. Esta fina intelligen-

cia femenina ama la conversación y el ingenio. Para hacer amable su hospitalidad divierte a sus visitantes. Tiene extraordinaria perspicacia para descubrir la habilidad de cada cual, y una vez descubierta, sabe ponerla al servicio de la tertulia. Rambouillet, como alguien lo ha dicho, es «le monde ou l'on s'amuse» y es claro que Voiture; el hombre de los chistes y las bufonías sea su héroe. Allí no es la literatura lo que más preocupa; es, sobre todo, el cuento, el chiste, el diálogo vivaz y pintoresco, el torneo siempre renovado del ingenio y de la espiritualidad. Y es de esa explosión de verba, de gracia, de sensibilidad, de agudeza, y fina inteligencia que surge la lengua francesa, depurada y brillante.

A la influencia del Hotel Rambouillet se atribuye, efectivamente, en gran parte, el advenimiento de la gran época literaria de Luis XIV y por ende la literatura clásica francesa.

Además, en Rambouillet se guardó siempre la línea. El famoso salón aquel fué el que introdujo en la corrompida sociedad francesa de la época de Luis XIII y la Regencia, la dignidad, la decencia, la cortesía, el orden y la disciplina.

La tradición de Rambouillet fué recogida por Mme. de Sevigné, quien con Mme. de Lafayette son árbitros de la sociedad francesa después de 1680. Las costumbres livianas de la época de la Fronda y la Regencia han hecho ya su tiempo; Luis XIV impone el reinado de la cortesía, la elegancia y la dignidad. Los desórdenes se ocultan cuidadosamente y a la lectura de las escandalosas crónicas de Brantome y de los versos licenciosos de Regnier han sucedido los sermones de Bossuet y los impecables alejandrinos de Racine.

La lengua perfecta del gran siglo se hace aún más graciosa y sutil en estas tertulias de final del siglo. Allí se habla de todo, sin pretensión, ingenuamente: literatura, arte, filosofía, historia, galantería. Mme. de Sevigné

es la maestra de una generación de grandes damas. Desde entonces se multiplican los salones en París, sobre todo, en el siglo siguiente, donde nuevamente fué necesario defender el decoro y las costumbres amenazados por los excesos de la segunda Regencia.

Difícil es, señoritas, concebir los extremos a que llegó aquella sociedad y aquella corte. Para que Vds. se den una idea de lo que entonces pasaba en el Louvre, les diré que la Duquesa de Orleans, esposa del Regente, que pasaba por ser una de las mujeres mas austeras de la época, para hacer el elogio de la Duquesa de Borgoña, la madre de Luis XV, escribía en sus memorias: « La Duquesa ya no bebe hasta caerse ni juega lo que no tiene. »

Los salones del siglo XVIII forman legión. Ninguna mujer intelectual que se precie prescinde de su tertulia literaria. Ya es el de Mme. Tencin, ya el de Mme. Deflaud, ya el famoso de Mlle. de Lespinasse, ya el de Mme. de Epinay que congregó a Voltaire, a Diderot, a Rousseau, a Grim, y por fin el de Mme. Geoffrin, que, en opinión de Sainte Beuve, es el salón tipo de su época.

El salón de Mme. Geoffrin fué una de las instituciones del siglo XVIII. Ella supo organizarlo con extraordinario talento y atraer a él a casi todos los pensadores y artistas de aquel tiempo. Además, Mme. Geoprin, agregaba a los atractivos del salón, los de la mesa. Había organizado dos comidas por semana: El lunes, para los artistas, y el miércoles para los hombres de letras. En aquellas se veía a Boucher, a Van Loo, a La Tour, a Vernet, y jamás faltaba algún crítico, algún amateur y mucho menos algún Mecenaz. En los ágapes literarios se reunían, Marivaux, Grim, Mlle. Lespinasse, D'Alambert, Marmontel y muchos otros. Puede suponerse el brillo, el interés, el encanto de estas reuniones en que se congregaban los mas ilustres representantes del pensamiento y del arte.

Eran aquellos los tiempos de la buena conversación francesa. Tiempo feliz, exclama Sainte Beuve, toda la vida se volvía entonces hacia la sociabilidad; todo estaba dispuesto para el más dulce comercio del espíritu y para la conversación. Ni un día, ni una hora faltaban. He aquí el empleo de la semana que hacía entonces un hombre de letras: Domingo y Jueves: Comida en lo del Barón d'Holbach; lunes y miércoles: Comida en lo de Mme. Geoffrin; Martes: Comida en lo de Helvetius; Viernes: Comida en lo de Mme. Necker.

Fué en esos salones y en esas comidas, verdaderas juntas de ingenio y de espiritualidad, donde la lengua y la literatura francesas, adquirieron esa admirable pureza y variedad de expresión, esos matices y esa complejidad que no se encuentran en otras lenguas y otras literaturas. La conversación fué, pues, un arte literario y el arte literario más francés que floreció en los siglos XVII y XVIII.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

*(Versión taquigráfica tomada por la señorita L. M.)*

---